

El fotógrafo, para descubrir en el objeto conocido al objeto desconocido, elige el medio más sencillo: separar un objeto de la realidad con la exclusiva finalidad de darle una virtud de impacto. Todas las cosas adquieren una sorprendente novedad tan pronto como les concedemos el derecho a existir por sí mismas. Y éste es, en rigor, el papel que ha de desempeñar la fotografía: aislar para dotar de una virtud de extrañeza a lo que es familiar.

Aislar, es decir, seleccionar en el inmenso material que cualquier tema ofrece, es el cometido que ejerce con lúcida inteligencia y aguzada sensibilidad Juan Iriarte.

Juan Iriarte se halla en posesión de unos ojos que saben ver y de una sensibilidad que sabe elegir. Elegir, hay que insistir en ello. Porque Iriarte separa del todo la parte más significativa, aísla del conjunto el pormenor más cargado de expresión.

Para Iriarte, fotógrafo del ballet en la presente exposición, la comba de un pie, la finura de un cuello, la marmórea musculatura de una pierna, pueden ser un estado de ánimo. Así, no hallamos en sus obras el más leve asomo de virtuosismos técnicos, ningún prurito de originalidad a toda costa. Iriarte siente una aversión congénita al arte por el arte y, más atento a las sugerencias de su corazón que a la habilidad de sus manos, clava su mirada penetrante en cuanto le rodea, en la naturaleza más sencilla o en la más misteriosa, y sólo persigue una finalidad: la caída en el lazo de la máxima expresión. Hay en su obra una continua búsqueda de lo expresivo. Sus temas, por lo tanto, son siempre de gran profundidad y enjundia, y los trata con un grafismo sustancioso de gran empaque y contundencia.

SEBASTIAN GASCH